
STUART M. KAMINSKY
JOE LOUIS, 10 Y K. O.



E T I Q U E T A



N E G R A

Un libro que cautivará a los fanáticos del cine, un libro que ganará a los lectores que aprecian la novela policiaca, un libro que atrapará a los aficionados al boxeo: ¿podría pedir-se más?

* * *

«Esta novela es una ganadora en el décimo asalto». *United Press International*.

* * *

«Stuart Kaminsky es un autor con la imaginación de Sherezade y su personaje Toby Peters parece tener por lo menos mil y una vidas». *Washington Post*.



NOTA

Stuart Kaminsky ha inaugurado, se ha mantenido y ha triunfado desarrollando una línea secundaria de la literatura policiaca norteamericana de la que casi es propietario, el revival, la nostalgia, el retorno al pasado. Para hacerlo, se ha apoyado en el gran espacio mítico de la nostalgia norteamericana, el Hollywood de los años treinta y cuarenta. Así, sus personajes secundarios, eternamente acompañados por su detective Toby Peters, han sido Errol Flynn, King Kong, Bogart, Bela Lugosi, John Wayne, Buster Keaton, los hermanos Marx, Judy Garland... Ahora, Kaminsky apela a otro de los grandes arcones del mito norteamericano, el deporte, y en particular el más universal de ellos, el boxeo, y trae hasta nuestras páginas a Joe Louis.

A sus 53 años, escondido a medias en la Universidad de Evanston en las cercanías de Chicago y los Grandes Lagos, donde da clases de Historia del Cine, Kaminsky sigue produciendo materiales para el cultivo de la nostalgia con una singular gracia y abundante sentido del humor.

Etiqueta Negra ha publicado con anterioridad varias de las novelas de esta serie: Judy (EN 14), Disparen sobre Errol Flynn (EN 29), El factor Fala (EN 58) y Los hermanos Marx en apuros (EN 73).

PACO IGNACIO TAIBO II

*Para Don Siegel,
que me introdujo en este mundo*

*El Reloj, que acaba de dar las dos, ahora da la una.
Algún fracaso en el Sistema.
Algún errante del Génesis
ha alterado el Péndulo.*

EMILY DICKINSON

CAPÍTULO UNO

Intenté ignorar la sombra que se cernía sobre mí, pero eso es algo difícil de conseguir cuando se trata de la del campeón del mundo de los pesos pesados.

—¿Está muerto? —preguntó Joe Louis, respirando agitadamente. Llevaba unos pantalones cortos azules, una camiseta blanca de una talla enorme, manchada de sudor, y estaba descalzo.

—Está K. O. —dije.

En la orilla, a unos quinientos metros, unas niñas jugaban con las olas. Los últimos rayos de la tarde bañaban sus cuerpos bronceados y sus voces entrecortadas llegaban a través de las olas blancas a la playa y al cadáver al lado del que yo estaba arrodillado. Aparté la vista de las niñas y contemplé el océano y el sol que se dirigía a Japón mientras me preguntaba cómo demonios iba a explicarle a Anne qué hacía allí el impresionante tipo que se alzaba en la arena húmeda, proyectando su sombra sobre mí, y lo del cuerpo machacado que, a pesar de tener la cara destrozada, no cabía la menor duda de que se trataba de Ralph.

Ralph Howard siempre se había vestido con gusto, con un estilo clásico, incluso en aquellas circunstancias, con el traje de panamá color canela manchado de arena, agua salada y sangre, el cadáver tenía el toque de Ralph.

Levanté la vista hacia Louis, que estaba esperando que yo dijera algo. Hasta aquí se puede llegar, pensé, esto es el final de los Estados Unidos. Una vez que uno ha llegado aquí, o salta o se da la vuelta preguntándose hasta dónde ha venido. Meditaba sobre este asunto filosófico cuando no pude seguir ignorando por más tiempo las manos de Louis,

que tenía los nudillos pálidos, tensos y ligeramente salpicados de sangre.

—¡Eh, espere! —dijo, señalándome con un dedo—. No irá a... Yo no golpeé a este hombre.

La luz del sol resaltaba las gotas, no sé si de sudor o de agua, que había en sus cabellos negros, lo que hacía que pareciese que acababa de librar un durísimo combate. Había un toque de candidez en su rostro moreno y redondo y sus labios gruesos le daban una perpetua expresión de mal humor. Me pregunté qué podía hacer yo si por casualidad decidiera darse la vuelta y alejarse corriendo por la playa. Teniendo en cuenta que mido uno setenta y cinco, peso algo menos de setenta kilos y tengo cuarenta y ocho años, de ninguna manera podría impedir que aquel hombre se escapara. Reconozco que tengo una cara que no puede negar que la han golpeado más de una vez, una nariz que vagamente recuerda a un cartílago y unos ojos que no se olvidan. Yo veía esta cara todas las mañanas que me acordaba de afeitarme, pero Louis ya había visto tipos más duros.

Me levanté, me sacudí la arena de mi traje nuevo y miré al cadáver, cuyos blancos cabellos, bien peinados, estaban manchados de sangre.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunté, dirigiendo la mirada hacia Louis, que estaba al otro lado del cuerpo muerto. Lo dije con un suspiro, intentando dar a mis palabras un tono oficial. Había sido policía y mi hermano todavía lo era, así que conocía la rutina. Si Louis pensaba que yo era un representante de la ley, tal vez pudiera retenerle.

Miró al cadáver y después hacia atrás, en dirección a las muchachas que seguían jugando. Yo también les eché una ojeada. Tal vez lo que estaba esperando era que las dos muchachas se acercaran corriendo, salpicando agua, y le proporcionasen una coartada, pero estaban muy lejos y ni siquiera miraban hacia nosotros.

—Estaba corriendo —dijo, volviéndose hacia mí.

—¿Por qué? —le pregunté.

Cambió de postura y vi cómo se hinchaban sus pectorales bajo su húmeda camiseta. Si en aquel momento hubiera tenido mi pistola, tal vez habría sido capaz de detenerle, pero estaba en el Ford, cerca de la casa de la colina.

—Por nada especial —dijo—. En realidad lo que dijo fue «por ná especial», pero no me costó trabajo entenderle. Pensé meter la mano en el bolsillo para sacar la agenda, pero mi agenda es una pequeña libreta de espiral y sabía que éste se había roto, y como no quería verme a mí mismo persiguiendo hojas de papel en el océano Pacífico, esperé a que Louis dijera algo más. Podríamos haber esperado durante toda la Segunda Guerra Mundial, si yo no le hubiera ayudado un poco.

—Usted no lo mató, simplemente estaba entrenando en la playa de Santa Mónica y se encontró un cadáver, dando además la coincidencia de que acababa de mancharse los nudillos de sangre con un indefenso antílope que por casualidad se había cruzado en su camino.

Louis se miró las manos. Aún seguía jadeando pero ya no tan agitadamente, ahora eran más bien profundos suspiros.

—Había dos tipos —dijo entonces, mirando hacia la carretera, lejos de la playa. Yo también miré, pero no había nadie.

—Dos tipos —repetí, mientras él ordenaba sus pensamientos.

—Enormes —continuó lentamente—. Estaban aquí mismo cerca del... —Y señaló al cadáver con la cabeza—. ¿Era pariente suyo o le conocía de algo?

—Parece que han matado al marido de mi mujer —expliqué, pero mis palabras no tenían mucho sentido para Louis, que en aquellos momentos tenía muchas cosas en qué pensar.

—Estaba diciendo que había dos hombres enormes junto al cadáver —le recordé. Una ola imprevista rompió con fuerza y tuve que saltar hacia la arena para evitar que mis

zapatos nuevos se mojaran aún más. Louis se quedó quieto y dejó que las olas le llegaran a la altura del tobillo. Entonces el cadáver giró hacia el mar.

Ante el riesgo de perder a Ralph, así el cuerpo e intenté alejarlo de la orilla. Refunfuñé por el peso del cadáver empapado y logré arrastrarlo unos centímetros; entonces Louis, con una sola mano, agarró el cadáver por la americana, bien planchada, lo arrastró aproximadamente un metro y medio hasta la arena seca y lo dejó al lado de un poste blanco de madera que estaba tirado, en el que había una señal triangular que decía: ATENCIÓN. PROHIBIDO DESEMBARCAR EN ESTA PLAYA. DÉ PARTE INMEDIATAMENTE DE CUALQUIER BARCO QUE DESEMBARQUE PERSONAS EN ESTA COSTA AL PUESTO MILITAR O NAVAL MÁS CERCANO, AL SHERIFF Y A LA POLICÍA. GUARDACOSTAS FEDERAL. En la parte de abajo estaba el emblema del Club Automovilístico del sur de California.

Jadeaba mientras me preguntaba a cuántas de aquellas personas se suponía que tenía que dar parte del hallazgo del cuerpo de Ralph.

—No es de la policía, ¿verdad? —comentó Louis.

—No —dije—. Soy detective privado. Me llamo Peters, Toby Peters. Me contrató mi exmujer hace unas horas, creo que precisamente para evitar que su segundo marido terminara con la cara destrozada y bañándose en el Pacífico completamente vestido.

—Lo siento —dijo Louis con un tono sincero, alzando sus manos ensangrentadas.

—¡Oiga, que no estaba enamorada de él! —dije—, pero dentro de unos minutos vamos a tener que ir a aquella bonita casa para explicar que Ralph está muerto y contarle a su viuda parte de lo que ha sucedido.

—No lo sé con certeza. Había dos tíos junto al cadáver, eso es todo. Vine corriendo para ver si podía ayudar y ellos fueron por mí. Sabían lo que se hacían. Habían peleado.

—¿Y? —insistí, mirando hacia la casa pensando cuándo Anne, la sirvienta, u otra persona se asomaría a la ventana y preguntaría qué demonios pasaba allí.

—Los herí —dijo escuetamente.

—¿Y por eso tiene las manos así?

Asintió lentamente con la cabeza, con los ojos puestos en los míos, sin pestañear, juzgándome con la vista. No quería que me hiciera daño.

—De acuerdo —suspiré—. Lo mejor será que vayamos a la casa y pasemos el mal trago de una vez. Descríbele esos dos tipos a la policía y al anochecer sigue corriendo, porque seguro que para entonces ya será de noche.

—No puedo —dijo, mordiéndose el labio inferior—. Se supone que no estoy aquí.

Era el último día de mayo de 1942, domingo. Sabía que Louis era cabo en el ejército de los Estados Unidos, que John Barrymore se había muerto el viernes, que Cuba acababa de fichar a Jimmie Foxx, del Rex Sox, que las Fuerzas Aéreas Británicas habían bombardeado Colonia y que tenía quince dólares en el bolsillo y nada en el banco, pero no tenía ni idea de dónde se suponía que debía estar Joe Louis.

—¿Sabe quién soy? —preguntó.

—Max Baer —dije. Iba a corregirme cuando levanté las manos para detenerle—. Es el campeón —dije.

—Eso es —asintió. El sol se estaba ocultando rápidamente. Alcé la vista hacia la casa de tres pisos donde vivía Anne y observé que se encendía una luz. Alguien, quizás Anne, se acercaría a la ventana y...

—Tengo que confiar en usted —dijo, frotándose la frente. Las chicas ya no jugaban, se habían ido, y del mar llegaba un viento fresco que traía olor a pescado y a tierras exóticas—. Estaba con una amiga que vive allí.

Señaló en aquella dirección, al otro lado de la playa. A su espalda se alzaban las sombras de una docena de casas separadas entre sí por una distancia prudencial.

—Pues entonces se lo decimos a su amiga y ella les cuenta a los policías que estaba de visita. De esta forma demostraré que tenía una razón para estar aquí y que no tenía ningún motivo para hacer picadillo a Ralph y...

—Mi amiga es una señora —dijo—, una señora blanca. No hice ningún comentario.

—Una señora muy conocida.

Por un instante no lo entendí, pero rápidamente me di cuenta qué quería decir. Louis era el perfecto americano, aunque fuera negro, el perfecto patriota que se había alistado en el ejército al estallar la guerra, el hombre amante de su familia que contribuía a elevar la opinión sobre su raza, como lo había expresado un cronista deportivo, aunque otro le había rectificado diciendo: «Sí, la raza humana».

—Ya —dije brillantemente.

—Todavía estoy casado con mi mujer, Marva —dijo suavemente. Apenas podía verle la cara. Tenía los brazos cruzados, y lentamente sus músculos se tensaban—, y...

—Y usted no es precisamente un santo.

—En absoluto —asintió—. ¡Maldita sea!, no sirve de nada hablar. Tengo que hacer lo que debo. ¿Tiene madre?

—No, desde que tenía ocho años —dije, preguntándome a qué demonios venía aquello.

—La mía me está diciendo que vaya con usted a esa casa y haga frente al asunto —dijo Louis—. Vamos antes de que cambie de idea.

De una zancada pasó delante de mí y del poste en el que habíamos apoyado el cuerpo e involuntariamente tiró arena con el pie a la destrozada cara del cadáver. Al pasar a mi lado, el olor de Louis me recordó al YMCA de la calle Hope en Los Ángeles, donde yo entrenaba. Era el mismo olor que se respiraba en los cientos de combates del Olympic a los que yo había asistido. Olía como un ser humano que está sudando de miedo pero que lo afronta.

—Espere —dije y, al oírme, se dio la vuelta. Estaba ya bastante lejos de mí. ¿Querría contratar un detective priva-

do?

—¿Cómo? —fue su respuesta.

—Usted me contrata —expliqué—, yo trabajo para usted y hago todo lo posible para que su nombre se mantenga al margen del asunto, si puedo.

Una mirada furiosa pasó por su cara. Algo que nunca aparecía en las fotos de él antes y después del combate, en las que Louis siempre parecía tranquilo, distante, como si estuviera tratando de recordar una canción que se le había olvidado.

—Espere un minuto —continué, levantando las manos para evitar que se me echara encima al ver que volvía a zancadas hacia mí—. No le estoy chantajeando, lo único que intento es darme a mí mismo una especie de pretexto profesional. —Sólo le separaba de mí un inverso de izquierda, cuando terminé la explicación—. Digamos cinco pavos.

Louis se detuvo y ladeó la cabeza para examinarme como si yo fuera un cuadro mal colgado.

—¿Estás loco, tío? —dijo.

—Probablemente —asentí—. Digamos simplemente que soy un admirador suyo, un patriota y que le creo. ¿Sí o no?

—No sé —dijo mirando al cadáver, pero él no iba a poder aconsejarle.

Por encima de su hombro vi que se abría una puerta en casa de Anne y el haz de luz iluminaba la figura que había salido.

—Bueno, decídase rápido —dije—. Alguien viene... Me llamo Peters, Toby Peters, mi teléfono está en la guía, en «detectives privados». Mi oficina está en el centro, en la calle Hoover esquina con Ninth. Llámeme mañana.

—Debe de estar loco —repitió, pero esta vez había una pequeña sonrisa en la comisura de sus labios. Echó a correr por la playa y le observé. Corría por la orilla sobre la arena mojada mientras las olas le mojaban los dedos de los pies.

Era rápido y firme. Evidentemente se le daba mejor correr que hablar.

La figura se acercaba hacia mí, no muy deprisa pero sin parar, con curiosidad. No era una mujer. Me arrodillé otra vez al lado del cadáver y rápidamente le registré los bolsillos. Había una cartera, su carnet de conducir, una foto suya y de Anne en la que ambos sonreían y en la que los dientes de Ralph se veían blancos y uniformes. También encontré un fajo de billetes, de veinte, de diez y de cinco, que fácilmente sumarían unos cuantos cientos de dólares. En otro bolsillo había una agenda pequeña de piel. Se había mojado un poco y algunas páginas estaban pegadas.

—¿Por qué no nos quedamos quietos? —gritó la voz por detrás de mí. Estaba a un metro y pico, sujetando una pistola que me apuntaba al estómago. No tenía mucho pelo, sólo unos cuantos mechones que la brisa nocturna agitaba de forma enloquecida, pero no había nada enloquecido en sus ojos. No era joven, tendría tal vez cincuenta y cinco años, pero su aspecto era el de una persona que había vivido intensamente. A pesar de su impecable traje azul bien planchado no podría pasar por ejecutivo. La piel de su rostro era oscura y curtida como la corteza de un árbol, pero no fue su cara, ni la pistola lo que me decidió a actuar como lo hice, sino la forma en que miró al cadáver hecho pedazos, dejó escapar un pequeño «¡vaya por Dios!» de lástima y volvió a dedicarme su atención.

—¿Sabe lo que me va a costar, inútil? —dijo meneando la cabeza.

—Tengo el presentimiento de que voy a saberlo enseguida.

Dio otro paso hacia mí al mismo tiempo que seguía moviendo la cabeza y sus pocos pelos seguían también moviéndose alocadamente.

—Me ha quitado el bocado de la boca —dijo, pasándose la mano por los labios como si literalmente yo le hubiera

quitado un bocado. ¿Sabe lo que estaba ganando a la semana por encargarme de que siguiera vivo?

Ahora sólo nos separaba un metro más o menos. O iba a intentar acercarse para darse la satisfacción de golpearme o bien iba a ser más inteligente y se mantendría a suficiente distancia para que yo no pudiera hacer nada estúpido como intentar quitarle la pistola. Decidió actuar con inteligencia y se detuvo.

—¿Cuánto? —pregunté, sin estar seguro ni yo mismo de si prefería que siguiera acercándose o que se mantuviera a distancia.

—Cien a la semana —dijo.

—¿Dólares? —pregunté.

—¿Qué demonios iba a ser si no?

—Galletas para perros —sugerí.

—Se cree muy gracioso, ¿no? —dijo, apuntándome con la pistola—. ¿Deja a un tío hecho picadillo y encima se atreve a bromear? No soy ningún mocoso, ¿sabe?

—Ya lo veo —dije.

—No soy ningún mocoso —repitió, moviendo la cabeza con tristeza. ¿Se cree que aparecen muchos chollos como éste?

—No —dije, y esta vez hablaba por experiencia.

—Eso es, no; y ahora, ¡por amor de Dios!, ¿qué hago?, ¡demonios!, ¿le pego un tiro? Nunca le he disparado a nadie. Simplemente soy un tipo que cumple con su trabajo. Se suponía que tenía que encargarme de que siguiera vivo y ahora, mírele, ya no lo está.

Miré el cuerpo, aunque sabía de sobra que estaba muerto.

—¿Por qué no vamos a la casa y llamamos a la policía? —sugerí—. Primero se lo decimos a la Sra. Howard y después llamamos a la policía.

Casi toda la luz que había provenía de la puerta abierta. Las sombras del hombre, de mí y del cadáver eran alargadas. Detrás de nosotros, el océano se aclaraba la garganta.